



ISIDRO FABELA, PROFETA EN SU TIERRA

POR EL DR. GUTIERRE TIBÓN,
(periodista y escritor)

Me topé por vez primera con el nombre de Isidro Fabela hace un cuarto de siglo, en Suiza. Empezaba a leer una novela de la Revolución mexicana: *El aguila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán, que empieza con estas palabras: “Al apearme del tren en Veracruz, recordé que la casa de Isidro Fabela...”

Isidro Fabela: de seguro un nombre imaginario, pensé; pero “ben trovato”, —¿por qué Isidro y no Isidoro? Ignoraba entonces la existencia del patrono de Madrid, el que “pone el agua”. En cuanto al apellido, me sonaba familiar, porque el marqués Ramiro Rosales, un noble comasco, años atrás me había enseñado un nobiliario español que demostraba, según él, su descendencia directa de cierto rey de Asturias, don Favila o Favela, hijo del iniciador de la reconquista, don Pelayo. Además, el marqués Rosales tenía un cuadro en que estaba representada la lucha mortal del rey Favela con un oso de imponente estatura.

Cuatro años más tarde, en 1937, hice mi primer viaje a México. En el vuelo de regreso a Nueva York, realizado en compañía de Eduardo Villaseñor, el avión tuvo que hacer un aterrizaje forzoso en Waco, Texas. Durante el viaje nocturno en automóvil a Forth Worth, muy lento a causa de la espesa neblina, Villaseñor me reveló que aquel Isidro Fabela de la novela mexicana no era una figura imaginaria, sino un personaje de carne y hueso, e insistió en que tenía yo que conocerlo. ¿Por qué recayó la conversación sobre Fabela? Es que vivía entonces a orillas del lago de Neuchatel, y pasaba todos mis fines de semana en Ginebra. “¿En Ginebra?” preguntó mi nuevo amigo. “Entonces lleve mis saludos al licencia-

do Isidro Fabela". "¿Qué hace en Ginebra?" "Representa a México ante la Liga de las Naciones".

No tuve que buscar al diplomático mexicano en el palacio del parque Ariana porque el primer sábado lo encontré en el puente del Monte Blanco, en compañía de un conocido común. (—¿No se trataba de Cipriano Rivas Cherif?).

—Acabo de estar en su país, licenciado.

Le describí lo mejor que pude mis impresiones del castillo de Chapultepec, de Xochimilco y las que tuve en la cúspide de la Pirámide del Sol. Le dije qué sensación de calor humano me habían producido los abrazos de despedida en el puerto aéreo; es que en la Europa de agude los Pirineos no se conoce el abrazo entre hombres.

Isidro Fabela sonrió: —Es como un apretón de manos particularmente cordial, aquí en Suiza. No creo que represente más. Pero... convendría analizar ese abrazo. Me ha dado usted un pequeño tema de meditación.

En los dos años sucesivos tuve largas conversaciones con el abogado mexicano. Su voz en la Sociedad de las Naciones (se trataba de la España conculcada por el fascismo, o de Austria anexada alevosamente al Reich hitleriano, o de cualquier atropello a los pueblos débiles, sonaba con decisión, con fuerza y con valor; su voz era la voz de México, tal vez la más coherente y la más noble en los areópagos internacionales durante el último treintenio.

Isidro Fabela me hablaba de México con un entusiasmo contagioso. Exaltaba el humanismo de Alfonso Reyes y el vigor pictórico de Diego Rivera; según él, los valores máximos de México eran de índole netamente ética: su tendencia de lograr el bienestar colectivo sin pisotear las libertades fundamentales, y su lucha en favor de la paz y de la justicia entre todos los pueblos.

Me di cuenta de que a las palabras del diplomático correspondían los hechos: ningún gobierno, como el de México, abrió sus brazos a los republicanos españoles vencidos y les ofreció una nueva patria.

Cuando cierto día Fabela me preguntó por qué no me iba yo también a vivir a México, el país del futuro, por qué no me convertía yo también en un hombre de la América mexicana, empecé a acariciar la idea de iniciar una nueva vida en un país nuevo.

Pocos meses después, el 16 de septiembre de 1940, escuchaba

el "grito" en Dolores Hidalgo; lo lanzaba, esa vez, el presidente Lázaro Cárdenas. Isidro Fabela me reconoció entre la muchedumbre. "—¿Usted aquí?" Me abrazó con alegría, como a un nuevo compatriota.

Desde entonces han pasado dieciocho años. He visto casi doblarse la población del país; en una generación han ocurrido transformaciones prodigiosas en todos los campos. Una de ellas se debe al propio licenciado Fabela, cuando, fue gobernador de su estado natal: la industrialización de Tlalnepantla, ahora uno de los grandes centros fabriles de la República.

(Decía "en una generación"; y ahora me doy cuenta de que pertenezco, precisamente, a esa generación mexicana, porque volví a nacer aquí, al terminar la tercera década del siglo. Me convertí, entre otras cosas, en un frecuente vecino de Isidro Fabela en la página editorial de *Excélsior*; me apasioné, como él, por Belice y por las relaciones de los Estados Unidos con Latinoamérica).

Isidro Fabela fue mi mentor en Ginebra y siguió siéndolo en México. Cada vez que lo encuentro, veo, con mayor claridad, la armonía que existe entre su calidad intelectual y su calidad humana. Es un hombre siempre dispuesto a ayudar, generoso como pocos. Su generosidad se manifiesta también en el regalo que hizo a la Nación, dejándole su fabulosa "Casa del Risco" en San Angel, llena de obras de arte coleccionadas pacientemente a lo largo de su fecunda existencia.

La actividad literaria de Isidro Fabela está en pleno auge. Son varios los nuevos libros que prepara, principalmente sobre la Revolución. Medio siglo de disciplina jurídica, una experiencia internacional como la tienen pocos hombres de América y la serenidad que sólo se adquiere con los años, le permiten juzgar hechos de los cuales ha sido uno de los protagonistas, con una perspectiva y un equilibrio admirables.

¡Qué alegría, para mí, comprobar que Fabela sí es un profeta en su tierra! Lo demuestra el voto que le dio, durante las últimas elecciones presidenciales, el propio presidente electo. En esta forma quiso probar a su insigne coterráneo que lo considera digno de la suprema magistratura del país.